ALGUNOS ASPECTOS DE LA RELACION ENTRE TEOLOGIA Y PASTORAL *

JOSE CAPMANY

Una de las experiencias más constantes a lo largo de mi ministerio episcopal ha sido la continua comprobación de que la *herramienta* teológica, cultivada durante los años que dediqué a la docencia de la teología dogmática, tiene una utilidad mucho mayor, para la tarea del obispo, que la que yo podía sospechar mientras consagraba largas horas a la investigación y al estudio. De mi pensar como teólogo y del estudio de Santo Tomás de Aquino emerge de continuo, en mi tarea, una exigencia de claridad de conceptos, la llamada constante a la síntesis, la atención respetuosa a lo que dicen los «adversarii», amén de otros hábitos mentales que me han ayudado y nunca entorpecido —eso pienso— en mi nuevo quehacer.

Estos pensamientos han aflorado a mi mente al ser invitado por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra para introducir este Seminario de Profesores. El tema que entonces propuse y que ahora les expongo, se reconduce efectivamente a esto: explicar sencillamente este mi *descubrimiento experimental*. Pienso que vuestra gentil invitación se ha fijado en mí más por razones de amistad que por méritos de teólogo. Pero, precisamente por eso, hablaré sin temor y con confianza, pidiendo sólo que no me exijan una disertación teológica, ustedes que saben, leen e investigan con una dedicación y en unas circunstancias que a mí me producen envidia. Espero, con todo, que estas cosas que diré introduzcan un buen número de cuestiones sobre las que el diálogo subsiguiente nos enriquecerá a todos.

* Texto de la introducción de Mons. Capmany, Obispo Director Nacional de las Obras Misionales Pontificias, al Seminario de Profesores de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra que tuvo lugar el 4-VI-1979, sobre el tema «Teología y Pastoral». El texto reproduce la exposición oral del autor.

1. *Teólogos y pastores: cristianos agraciados para el servicio de la Iglesia*

Me aventuro a empezar buscando algún fundamento bíblico a los que hoy llamamos pastores y teólogos. No hay duda que sus talentos y sus poderes vienen de Dios, no sólo por razón de la Providencia que todo lo alcanza, sino también en razón del carisma del Espíritu Santo dado para la edificación de la Iglesia y la realización de su misión en el mundo. Siendo eso así, la búsqueda bíblica ha de hacerse, sin duda, husmeando por el campo de los carismas. La Carta a los Efesios, que habla de doctores y pastores (Ef 4,11), no vale para nuestros fines, porque parece que hace coincidir en unos mismos sujetos el enseñar y el pastorear. Pero en la primera a los Corintios, en el capítulo doce, fundamental para el estudio de los carismas, se habla de los doctores como de quienes tienen «palabra de ciencia» (1 Cor 12,8). Por este camino podemos encontrar criterios de la máxima importancia, hoy como siempre, hoy tal vez más que nunca. Por ejemplo, en Rom 12,7 se dice que quien tenga tal carisma ha de consagrarse seriamente a él; en 1 Tim 6,3 que la ciencia ha de ser conforme a piedad; y en 1 Cor 14,26, que ha de ser para edificación. Pedro nos dará como última recomendación «creced en la ciencia de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Pet 3,18). Por lo menos, queda fundada bíblicamente la excelencia del oficio, un cierto valor de carisma, su gran responsabilidad eclesial.

El tema de los pastores es más complejo. El discurso de Mileto es una clara exposición del pensamiento paulino sobre el pastor: habla de su valor directamente enlazado con la acción rectora del Espíritu en la Iglesia, su necesidad para el ser y el quehacer del Pueblo de Dios y su estilo y método fundamental para un provechoso proceder (Act 20,17ss). San Pedro tampoco desmerece en este punto y el texto del final de la primera carta (cap. 5) será siempre fundamental para la reflexión y el examen de cualquier pastor.

Pienso que esto basta para situar bíblicamente el tema. No pretendo seguir buscando coincidencias perfectas entre los que hoy llamamos teólogos y los «doctores» de la lista paulina de carismas, ni tampoco entre los pastores bíblicos y la jerarquía tal como hoy la tenemos establecida. Primeramente hay que dejar claro, desde el principio, que la jerarquía es la columna vertebral del Cuerpo visible de la Iglesia, para siempre: hay que afirmar la permanencia esencial del oficio jerárquico establecido por Jesucristo. Pero esto no significa que los carismas, lo mismo los bíblicos que los que no se encuentran en la Sagrada Escritura, puedan ser objeto de una rígida catalogación. El Espíritu sopla donde quiere (Jn 3,8), como quiere y de mil formas diversas. Su acción no evoca en absoluto la figura del industrial que, una vez que ha logrado fabricar algo de garantía y buen rendimiento, lo produce en serie mientras hay mercado propicio. Es, más bien, el artista que jamás se repite

y que inserta cuanto se realiza en un cuadro maravilloso donde cada elemento aporta algo a la belleza del conjunto.

Hoy el oficio de teólogo está bastante definido. No del todo, a juzgar por los que se autoproclaman teólogos o los que por tales son tenidos y ensalzados —con sospechosa generosidad— por editoriales y periodistas. Hecha esta salvedad, pienso que podemos seguir adelante considerando que mi auditorio conoce suficientemente la identidad del teólogo.

Al pastor lo entiendo aquí en su concreción jerárquica. Es el que ha recibido, por el sacramento del Orden, una potestad para apacentar en nombre de Jesús, y según su concreta gracia y misión, la grey eclesial. Parece que la cosa está tan clara que no necesita ulterior explicación. Sin embargo, una extensión generosa del concepto adjetivado —pastoral— pone a veces oscuridad en este tema, en sí tan claro. El nombre de apostolado y aun el de misión están gastados por el uso —tal vez por el mal uso— y ahora a cualquier acción eclesial se la llama «pastoral» y a quienes la realizan «agentes de la pastoral».

Yo no discuto de nombres y admito, «pro bono pacis», estos desórdenes semánticos, más nacidos, a mi parecer, de una sensibilidad que de una reflexión. Pero me choca la consecuencia que hay que deducir del hecho de que todos «hacemos pastoral», es decir, que la Iglesia es un extraño rebaño de pastores, imagen que no tiene antecedentes ni en la literatura bíblica ni en la extrabíblica de la antigüedad. Imagen también engañosa, pues —dígase o no se diga— el pastor es pastor y la oveja es oveja, por muchas piruetas que uno y otro hagan; también en la práctica se refleja la verdad de la inmutabilidad de las esencias.

2. *Teólogos y pastores en un mismo mundo*

Los teólogos y los pastores no solamente están en una misma Iglesia. Están también eclesialmente en el mismo mundo, al que la Iglesia ha sido enviada por el Señor. Este mundo o, tal vez afinando más, la misión de la Iglesia en este mundo, les cuestiona a unos y otros, y en definitiva les enfrenta a los mismos problemas¹.

El teólogo se empeña en el diálogo con la nueva cultura, desde su vertiente intelectual. El pastor busca conducir y acrecentar la grey del Señor en este mismo mundo condicionado por tantas cosas: ideas, valores y sentimientos que prevalecen en el ambiente, movimientos sociales más o menos determinados, programas y juegos socio-políticos, griteríos propagandísticos y manipulaciones de los incautos, rutinas de los viejos e inmadurez de los jóvenes, afirmaciones y descripciones nuevas —claras o confusas, certeras o disparatadas— de periodistas, literatos, ideólogos,

1. Cfr. PABLO VI, *Alocución en la clausura del Congreso sobre la Teología del Concilio Vaticano II*, AAS 58 (1966) 889-896. Cfr. también JUAN PABLO II, *Enc. Redemptor Hominis*, n. 19.

filósofos y pensadores, etc. En este conjunto, que algunos llaman cultura en un sentido sociológico, no hay duda de que las ideas tienen, a la larga, un papel decisivo. De aquí que el pastor se vuelva, anhelante, al teólogo pidiéndoselas claras, pues nada peor para el rebaño que andar «fluctuando de acá para allá, dando vueltas a todo viento de doctrina por el fraude de los hombres o por la superchería» (Ef 4,14).

Así que el pastor tiene derecho a encontrar luz en el teólogo y, por su parte, el teólogo quiere conocer los campos pastorales a iluminar. El mundo del teólogo y el del pastor no son dos mundos aparte. Ya sobre este punto hubo sus problemas en el inicio del Vaticano II y quedó claro que éste tomaba en una superior unidad lo doctrinal y lo pastoral. Congar ha escrito que el Concilio se efectuó bajo la toma de conciencia de una aproximación pastoral de la doctrina². En nuestros años de post-concilio es evidente que se reclama con urgencia la colaboración íntima de teólogos y pastores para la realización total de la Iglesia. Trabajen, pues, ambos con un mismo espíritu, emúlense santamente al servicio de la única misión de la Iglesia, y respétense las competencias, en cuyo ejercicio se encuentran, al tocar el último objetivo: que la Iglesia esté en el mundo de hoy, que cada cristiano aporte lo debido en la realización del plan total de Dios.

3. *Primera dificultad común: la complejidad de lo humano*

La complejidad de lo humano es inmensa. Siempre lo ha sido, en todos los aspectos: desde la anatomía y la fisiología a la psicología, la sociología, el progreso técnico, la cultura, etc. La complicación de lo humano no está sólo en el ser o estado, sino también en el moverse y en el devenir, en la dimensión histórica. Hoy, en la marcha rápida de la humanidad por los caminos de la historia, la complicación está en que se producen situaciones nuevas, que aún conviven con otras viejas que no han tenido tiempo de morir. La configuración social, cada día más intensa en relaciones de personas y grupos en los mil aspectos de la vida humana, lleva al hombre de hoy a estructurar minuciosamente el conjunto humano, a corregir estructuras, a sobreponer otras para hacer frente a nuevas necesidades sociales en un frenesí estructuralista, que llega a provocar la réplica del individualismo feroz.

En este devenir, complicado por tantas razones, la cultura no tiene tiempo de tomar fisonomía y los valores y contravalores se entrecruzan sin asimilación ni discernimiento, lo que da lugar a mucha confusión.

Los problemas se multiplican para quienes quieren estar en el mundo con un criterio, un plan, una fe. Tantos y tan entrelazados se presentan al teólogo y al pastor, que hoy ya sólo se habla de «problemática»: no basta la palabra problema, ni siquiera en plural. Lo que nos

2. Y.-M. CONGAR, *Diari del Concilii, quarta sessió* (Barcelona, 1967), p. 175.

preocupa y envuelve es una malla de problemas, una especie de alocada combinación de interrogantes que nos hiere y tortura incesantemente la mente y el corazón.

Pero nuestro mundo de hoy, como el de ayer y el de mañana, es interpelado por la Palabra de Dios. El Señor nos dice, hoy como siempre, a todos —también a los doctores y pastores— que una sola cosa es necesaria, que hemos de ser sencillos como palomas (Mt 10,16), que si no nos hacemos como niños no entraremos en el Reino (Lc 18,17), que la obra que Dios quiere de nosotros es simplemente que creamos en aquél que el Padre ha enviado (Jn 6,29). Nada más y nada menos. Así de sencillo, a pesar de no ignorar el Evangelio que estaremos en un mundo muy complicado. Más aún, yo me atrevería a hacer la exégesis de las palabras de Jesús «estáis en el mundo pero no sois del mundo» (Jn 17,11.14) traduciéndola: «estáis en la complicación pero no seais complicados».

La visión sencilla de la fe la predica Juan —tomémosle por el teólogo— cuando nos dice, al final de su Evangelio, que cuanto en él ha escrito tiene un solo objetivo: que creamos en Jesús Hijo de Dios y así, creyendo, tengamos vida en El (Jn 20,31). Es decir, que podamos ser hijos de Dios en el Hijo de Dios. Pablo —tomémosle ahora como el pastor— resumirá su preocupación pastoral en el empeño de hacernos conocer a Cristo y a éste crucificado (1 Cor 2,2), aunque sabe que ello levantará el escándalo indignado de unos y la extrañeza burlona de los otros. Ni soluciones espectaculares o eficientes a corto plazo, ni disertaciones sabias de análisis profundos. No: sólo Cristo y Cristo crucificado. Su esperanza, frente a todo lo que de malo e incierto hay en el mundo, se resume en el Señor que viene; y su ley, ante las mil situaciones complicadas en que el hombre se encuentra en su caminar diario, será simplemente amar a Jesús: «Si alguien no ama al Señor, sea anátima. Maran atá» (1 Cor 16,22).

Esta sencillez contrasta con la complicación del mundo y del hombre, pero no es una fácil escapatoria, no es un reduccionismo de corta mirada. Es una llamada a concentrar la mirada en el núcleo de la fe, donde creemos que está la solución básica y segura de toda la «problemática» que nos oprime. Es el inicio o fundamento de la síntesis, en la que podremos encontrar ordenadamente y a mano las pequeñas soluciones adecuadas a cada uno de los pequeños problemas. Es un sentirnos urgidos a buscar ante todo el Reino de Dios, sabiendo que lo demás nos viene por añadidura (Mt 6,33). Porque el Reino está en Jesús: El es Dios con nosotros, raíz y razón de la proximidad de Dios con cada uno de nosotros. Por lo cual, para nosotros, agobiados por los problemas de la teología y de la pastoral, lo primero y lo básico para resolver cualquier problema es simplemente: creer en Jesús.

4. *El cristocentrismo para teólogos y pastores*

A partir de Jesús, afirmado en la totalidad de su misterio de Dios y Hombre, Salvador por el sacrificio pascual, Señor y Mesías, Cabeza de la Iglesia, Dador del Espíritu Santo, etc., la problemática teológica encuentra su ruta y va hacia soluciones de mayor riqueza doctrinal. Con ello no entro en la vieja polémica del «subiectum» de la teología. Como tomista impertérrito, admito que es «Deus in sua deitate»: ello no me impide afirmar que una teología atenta a los problemas que miran a la relación fe-cultura e Iglesia-mundo, ha de ser cristocéntrica. Me complace citar aquí a un pamplonica ilustre, al que mucho debo de mi formación teológica, el P. Timoteo Zapelena, de quien aprendí que tiene poco sentido cuestionarse si la teología es teocéntrica o cristocéntrica, cuando la revelación de Dios trino la tenemos en el misterio y la palabra de Jesucristo. Por ello toda teología, entre nosotros, será simultáneamente teocéntrica y cristocéntrica. Los teólogos podrán perfilar más y dar conceptos que ilustren ulteriormente esta doble referencia.

Mas para que estas afirmaciones se mantengan, es preciso que el misterio de Jesucristo sea anunciado y profundizado en totalidad. Hay que ver en Jesucristo el enviado del Padre y el que con el Padre envía el Espíritu Santo, a la manera como lo presenta la mejor página, a mi entender, del Concilio Vaticano II, que contiene un enfoque certero de la teología de la Trinidad divina: Decreto *Ad Gentes*, nn. 1-4. Siguiendo la misma disertación conciliar, se pasa de aquí a un concepto profundo y dinámico, al mismo tiempo, de Iglesia y luego, desde la buena eclesiología y dentro de ella, al valor auténticamente sagrado de los sacramentos, de la jerarquía y del magisterio (temas todos que se bambolean en muchos teólogos, por no fijarlos bien en el misterio pleno de Jesucristo). Jesucristo es asimismo el punto de partida para una auténtica teología de las realidades humanas, sociales, históricas, culturales, etc., temas que una teología de hoy no puede preterir, como lo refiere la primera parte de la Const. *Gaudium et Spes*.

Maravilla y entristece, a veces, leer páginas y más páginas de teología sin encontrar siquiera citado el nombre de Jesucristo. También para juzgar a un teólogo vale el criterio de San Bernardo sobre los sermones: *non mihi sapit nisi sonet Jesus*. En una sencilla conferencia, el actual Cardenal Arzobispo de Turín, P. Ballestrero, dice: «Léa hace tiempo en una revista lo que decía un teólogo, por lo demás de renombre: *al fin y al cabo es preciso no exagerar la importancia de la Persona de Cristo*. Habrá tenido sus buenas intenciones al escribir una expresión de tal género —comenta el Arzobispo—, pero yo no sabría encontrar a un cristiano que fuera capaz de exagerar la importancia de la Persona de Cristo. No logro imaginármelo». Y añade como corolario: «Lo que constato es otra cosa: que la Persona de Cristo, en lugar de ser la primera persona que da sentido a la vida de un cristiano, es demasiadas

veces una persona de la periferia, que muchas veces sólo está allá, en la historia»³. Una teología cristocéntrica no rehuirá ningún problema: ni los que nacen de la misma Sagrada Escritura, Tradición o Magisterio, ni los que se producen en su relación con la cultura, filosofía, ideologías, etc. del ambiente de hoy. Pero sabrá sobreponerse a los movimientos, a veces más emotivos que racionales, de ciertos teólogos que, deseosos de dar respuestas al mundo, destacan los valores que en éste son ensalzados (hablo de los valores válidos, aunque a veces coyunturales y en todo caso sólo auxiliares para la reflexión de una fe auténticamente cristiana). Una teología cristocéntrica preferiría llamar a la teología, teología, a secas, sin estos aditamentos que, aun significando algo, a veces más desconciertan que aclaran. Hace unos años, el actual Arzobispo de Albi, Mos. Coffy, escribió unas páginas doctas y sabrosas sobre el uso de la palabra teología, recordando las pintorescas teologías del siglo XVIII y aportando, como dato definitivo, que haya podido hablarse de una teología de la muerte de Dios, que, en buena lógica, es más bien la negación radical de toda teología⁴.

Por otra parte, una pastoral cristocéntrica mirará, ante todo, a la presencia de Jesús, razón profunda de todo el ser y quehacer de la Iglesia. Esta presencia realizada por el Espíritu Santo —el «otro Paráclito» (Jn 14,16)— da valor y sentido a toda la acción pastoral de la Iglesia y funda la estructura social jerárquica de la misma. Al mismo tiempo, advierte acerca del valor del carisma, individual y de grupo, en la Iglesia y, por consiguiente, de los límites que la acción de conducción eclesial tiene, al ser ante todo una actuación del don del discernimiento del Espíritu. De la tensión ineludible entre carisma y responsabilidad pastoral nacerán ciertamente muchos problemas, que no pueden resolverse en el simple abandono al libre quehacer de cada uno —pues no siempre es del Espíritu lo que uno piensa serlo—, ni en una conducción férrea del Pueblo de Dios a través de disposiciones (llámense como se quiera) de tipo pastoral. Esta tensión es causa de mucho sufrimiento para todos, especialmente para los pastores, pero una pastoral cristocéntrica da razón de esos problemas y se convierte en camino para superarlos.

Una pastoral centrada en el misterio total de Jesús armonizará con facilidad los aspectos estrictamente religiosos (la mirada al Padre, la atención al Espíritu que está con nosotros), los eclesiales (con una clara concepción de la comunidad singular que es la Iglesia) y los morales, sean de moral individual, familiar, social, etc. (que toman sentido específicamente cristiano a partir del don que para todos ha conseguido y nos da Jesucristo). Finalmente, una pastoral así reconocerá el sentido de la Eucaristía, máxima presencia de Jesús en medio de su Iglesia, con repercusión en todo el ser y en el quehacer íntegro de la Iglesia y del

3. P. BALLESTRERO, *Il sacerdozio mistero di amore e ministero di amore* (Torino 1978) p. 14.

4. Cfr. *Documentation Catholique*, 71 (1974) pp. 630-631.

cristiano. No será simplemente una «pastoral de conjunto» (palabra que suena demasiado a «técnica de grupo»), sino una pastoral eclesial, es decir, de la comunidad en la que está presente Jesús que a todos nos une en el amor, la vida y la misión participada.

Teología y pastoral han de mirar al Concilio Vaticano II. Este fue espléndidamente cristocéntrico. Oigamos todavía a Pablo VI, orientando el Concilio en la apertura de la segunda sesión, primera que iba a presidir como Papa: «Hermanos, ¿de dónde arranca nuestro viaje?, ¿qué ruta pretende recorrer...?; ¿qué meta deberá fijarse nuestro itinerario, de modo que se asiente, sí, sobre el plano de la historia terrena, en el tiempo y en el modo de nuestra vida presente, pero que se oriente también al límite final y supremo que estamos seguros no puede faltar al término de nuestra peregrinación? Estas tres preguntas sencillísimas y capitales, tienen como bien sabemos una sola respuesta, que aquí, en esta hora, debemos darnos a nosotros mismos y anunciarla al mundo que nos rodea: ¡Cristo! Cristo, nuestro principio; Cristo, nuestra vida, y nuestro guía; Cristo, nuestra esperanza y nuestro término. Que preste este Concilio plena atención a la relación múltiple y única, firme y estimulante, misteriosa y clarísima, que nos apremia y nos hace dichosos, entre nosotros y Jesús bendito, entre esta santa y viva Iglesia, que somos nosotros, y Cristo del cual venimos, por el cual vivimos y al cual vamos. Que no se cierna sobre esta reunión otra luz si no es Cristo, luz del mundo...»⁵. Recordemos que éstas son las primeras palabras—*Lumen gentium cum sit Christus*—, indicativas de un contenido doctrinal y de una intención pastoral, del documento básico del Concilio⁶. Recordemos asimismo que fueron puestas en lugar de la idea—no equivocada, pero insuficiente—de *Ecclesia lumen gentium*, concepto al que Juan XXIII se había referido en sus últimas intervenciones preconci- liares.

En estricta fidelidad y continuidad con la doctrina y la línea pastoral del Concilio, Juan Pablo II, recientemente, ha «cristocentrado» toda la actuación de la Iglesia en su primera encíclica. Con vigor, ha puesto remedio a una acentuación desafortunada sobre la Iglesia misma, en el razonar y en el obrar eclesial, lo que podía conducir al narcisismo y a la infecundidad. Se habla mucho de la Iglesia pero no siempre queda claro cuál sea el sujeto del discurso. Es que la Iglesia es una realidad muy compleja—«realitas complexa»⁷ dijo el Concilio—. En ella está Cristo, con quien de algún modo se identifica; el Espíritu, que es como su alma; una Jerarquía realmente responsable, que aparece predominantemente en el plano exterior, social; una actividad magisterial a distintos niveles; unas comunidades no uniformes, además unidas en la gran

5. PABLO VI, *Alocución en la apertura de la segunda sesión del Concilio Vaticano II*, AAS 55 (1963) pp. 845-846.

6. *Lumen Gentium*, 1.

7. *Lumen Gentium*, 8.

comunidad; unos organismos pastorales para diversos aspectos de la única misión; unas teologías diversas, en la fidelidad a la única e idéntica fe; unos hombres con su dignidad de hijos de Dios y sus limitaciones y miserias humanas, etc. Es fácil desviar la atención de lo profundo y característico de la Iglesia y fijarla, más o menos superficialmente, más o menos parcialmente, en algunas de las vivencias eclesiales particulares. Si está confuso el sujeto de la oración, toda afirmación se oscurece y toda acción se bambolea. Se ha escrito mucho sobre eclesiología en ambos terrenos: teológico y pastoral. Pero hoy aparece ya claro que los problemas que están debajo de las eclesiologías desconcertantes son problemas de cristología. Juan Pablo II ha puesto el dedo en la llaga y ya no hay excusa. Estamos tal vez entrando en la clarificación básica que ha de iluminar tantos problemas mantenidos y agigantados en los últimos años en la Iglesia, lo mismo en la teología que en la pastoral.

Permítanme que aún insista en dos aspectos del cristocentrismo: la amplitud de contenido y la seguridad del camino. Como he dicho antes, no se trata de un reduccionismo: un refugiarse en lo seguro, un encerrarse en lo esencial, una renuncia al difícil desarrollo del misterio cristiano en la vida complicada de hoy. Todo lo contrario. Yo veo la vida cristiana como una circunferencia (permítaseme esta sencilla comparación que, para la cuestión tiempo-eternidad, desarrolló el mismo Santo Tomás)⁸. Cuanto más firme se apoye el compás sobre el centro, más seguridad habrá de que la circunferencia salga íntegra y bien hecha, es decir, verdadera circunferencia. Así, por ejemplo, en las hoy indeclinables cuestiones de la dignidad y los derechos de la persona, de la ordenación social y del esfuerzo por el progreso en todos los órdenes terrenos, sólo la referencia explícita, profunda y confiada al misterio de Jesucristo abre caminos teológicos y pastorales auténticamente cristianos, verdaderamente esperanzantes, gozosamente seguros. ¡Cuánto se ha olvidado eso en ambos campos, en aras de unos planteamientos que se estimaban más aptos para el diálogo, pero que en definitiva eran rebajas sustanciales que dejaban inútil el producto ofrecido! El camino válido para descubrir y defender la dignidad de la persona humana está en el mismo misterio de Cristo, que, realmente, ha recuperado y ennoblecido, con una altísima vocación, la calidad del hombre, hasta identificarlo de algún modo con El, Hijo de Dios. El sentido de la sociedad, para nosotros, queda insuficiente si nos quedamos en los niveles biológico o de desarrollo humano, toda vez que su último sentido es el encuentro fraterno en Cristo; su única ley eficaz, el amar como Cristo nos amó, es decir, mirándonos con la vocación a la unión con Dios, término de nuestra dignidad. El trabajo, y el progreso que éste promueve, no es sólo consiguiente a unas características singulares de la persona humana, ni siquiera atendiendo a que, en el fondo, está una ordenación básica dada por el Dios Creador. Para nosotros, es camino hacia una recapitulación

8. TOMÁS DE AQUINO, *Summa contra Gentes*, I, 66, 6.

final en Cristo Salvador y, por consiguiente, es indudablemente camino arduo, sacrificado, pues se recorre junto a y a semejanza de Jesús subiendo al Calvario, donde se obtuvo el progreso decisivo de la humanidad. Teólogos y pastores han de homologar, de continuo, en Jesucristo, sus tesis y sus prácticas referentes a los problemas nacidos de la revolución industrial y sus paralelas liberal y socialista.

En el inicial planteamiento del siglo pasado tal vez se acentuó excesivamente el aspecto del derecho natural, que tenía en su visión el fondo religioso, al referirlo todo a la creación divina. Luego, este derecho natural, en el mundo secularizado, ha pasado poco a poco a cambiarse en un derecho convencional y, en este sentido, hoy, todos citamos con honor las declaraciones de las grandes convenciones internacionales sobre estos temas. Temo que estos derechos convencionales —aunque hoy, en general, se corresponden bastante con las tesis de la ética cristiana— puedan un día derivar hacia formulaciones contrarias, pues, siendo variable el pensar racional del hombre, también lo son sus «consensos». Pero, aun al margen de este justo temor, yo pienso que, lo mismo en el pensamiento teológico que en la valoración y acción del cristiano y de la Iglesia, estos temas han de plantearse a partir del misterio de Jesucristo. No son simplemente temas de una filosofía emparentada con la fe cristiana, sino de teología cristiana. El problema del diálogo con los no creyentes es otra cosa, que deberá resolverse en cada caso según aconsejen las circunstancias. Pero en el interior de la Iglesia, para nuestro uso y para nuestra orientación, debemos partir de lo específico nuestro. A este respecto, recuerdo una conferencia, oída hace ya muchos años en Roma, de Oliatti, benemérito en la cultura católica de Italia y aun más allá de Italia, sobre humanismo cristiano. Terminó preguntándose: ¿necesitamos un humanismo cristiano? Y respondió: ¡No!, necesitamos un cristianismo auténtico. ¡Esto basta! Es que en Cristo está ya lo humano, puesto que es verdadero Dios y verdadero hombre. Otra cuestión es la inserción de lo filosófico y lo humanístico en el razonar teológico y en la planificación de la pastoral. Evidentemente no niego esto. Sólo quiero que todo lo presida, lo especifique y lo eleve a la altura debida, el misterio de Jesucristo. Al hombre cristiano le sucede lo de aquel aviador a quien su madre, ignorante y temerosa, aconsejaba volar bajito y despacio, para asegurarse mejor ante los riesgos. El avión va más seguro cuando vuela alto y rápido. Así el teólogo y el pastor cristiano marchan tanto mejor cuanto más se mueven en los cielos del altísimo misterio de Jesucristo.

Al centrarse en Jesucristo, lo mismo el teólogo que el pastor, alcanzan la unidad y la plenitud de su vida pastoral. El teólogo no puede detenerse en el discurso o raciocinio sobre Dios, quedándose en ideas más o menos bien expresadas. Dios se ha manifestado en Jesucristo, en la Segunda Persona divina encarnada que ha estado con nosotros y, misteriosa y realmente, sigue estando aquí. El teólogo ha de conceptualizar este gran acontecimiento y atender a sus consecuencias en la vida huma-

na, es decir, a la moral individual y social de cualquier nivel que sea. El teólogo es un pensador y es un moralista, pero no es sólo eso. Ha de aspirar a más: a la contemplación, a la fe gustada interiormente, no sólo ya a través de unos conceptos pulcros, sino por la total degustación de la presencia real de Jesús y de su Espíritu en él y en todos. La persona de Jesús le empuja a una teología total: *mentis et cordis*. Por su parte, el pastor ha de presentarse ante los fieles y ante el mundo con una oferta única: la de Jesús. Si presenta la fe cristiana al mercado de las ideologías, como sea que lo que presenta no puede simplemente ofrecerlo como bellas hipótesis, ni puede prescindir de incluir la cruz y la espera paciente, pocos le escucharán. Si busca una simple conversión moral, sin otro aliciente que el bien abstracto y una paz de conciencia a veces difícil de saborear, poco conseguirá. La conversión, para nosotros, o termina en la fe en Cristo Jesús o no es tal. Los largos rodeos nunca han sido el estilo de los santos. Los buenos cristianos de Antioquía, llegados allí huyendo de Jerusalén, en un ambiente en el que nada se sabía de un Mesías, un Ungido de Yahvé, un Salvador del pecado, hablaban tanto de Cristo que aquella gente les llamó cristianos (Act 11,26). Yo temo que muchos apóstoles de hoy, si fueran a la Antioquía de aquel entonces y hablaran como hoy hablan entre nosotros, difícilmente se ganarían el título de cristianos. Más aún, en el fondo, todo cristiano vergonzante entraña una cierta negación de la fe, aunque ello no esté en la intención. Cuanto más claramente la afirmemos, más garantía de éxito.

5. *La claridad y la analogía*

El contenido de la fe ha de ser expuesto con claridad, lo mismo en la exposición teológica que en su traducción pastoral. El misterio tiene necesariamente su claroscuro. Por mucho que uno avance y suba por los caminos de la mejor teología, la oscuridad permanece. La especulación agustiniano-tomista sobre la Trinidad es maravillosa, pero la Trinidad sigue siéndonos aquí inaccesible.

En mi juventud, osé explicar aquellas disquisiciones, entre profundas y divertidas, sobre el constitutivo formal de la persona, con diapositivas de color. Pero el misterio de la unión de la Persona divina con una naturaleza humana seguía inaccesible al abrir nuevamente las ventanas, luego del empeño cineístico. Uno va leyendo teología, va avanzando en el conocimiento de la fe, pero, al final, para toda tesis queda en pie el claroscuro teológico que sabiamente apuntó Santo Tomás al iniciar su tratado sobre Dios con aquella frase, que yo tenía escrita en los muros de mi aula: «*Quomodo sit Deus vel potius quomodo non sit*»⁹. Sabemos por simultánea afirmación y negación, y esto no es mucho. Pero

9. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologica*, I, q. 3.

nos da una luz suficiente para saber lo que decimos, y con cautela y modestia, como dice San Agustín y recuerda Santo Tomás, poder avanzar en el camino del gran saber.

Algunos teólogos —a mi parecer— hablan a veces como unos desesperados de claridad. ¿Faltará la modestia de que habla San Agustín en la investigación de la Trinidad? O bien, ¿faltará el discernimiento de la frontera de la luz, que es algo previo, ineludible, en el manejo de los conceptos teológicos? En otras palabras: ¿no estará faltando el recurso al gran principio de la analogía? Hace pocos días, estaba escuchando a un teólogo. El hombre formulaba un concepto y, al poco tiempo, temeroso de que entendieran más de lo que decía, empezaba a decir lo contrario. Sólo un oyente muy entendido alcanzaba a ver algo. Para la mayoría, aquella disertación era un tejer y destejer. Yo pensaba si no le faltaría una formulación limpia de la analogía que hubiera dejado el concepto con su *poca* luz, pero con *verdadera* luz.

Pienso que es inútil que se busquen otras soluciones que prescindan de la clásica: la claridad en teología sólo puede lograrse a base de aplicar paciente, explícita y continuamente el principio de la analogía que es, a la vez, principio de modestia y de suficiente claridad.

En la pastoral sucede algo parecido. No sólo al proyectar conceptos teológicos poco claros se incide en oscuridades catequéticas. Es que además falta el gusto por la claridad. El afán de acercarse a los hombres inmersos y dominados por un ambiente permisivista lleva a algunos a cerrar los ojos ante el pecado, con la excusa de la misericordia, cuando ésta es otra cosa muy distinta de la confusión. Algo explica el Papa en su libro *Signo de contradicción*¹⁰, al hablar de la creación del mundo y del hombre por un Dios infinitamente bondadoso, y del primer pecado del hombre. Ante este hecho, que destruye la obra de Dios en su vértice, ¿qué va a hacer el Padre bondadoso?, viene a decir. Podrá mostrar su benevolencia. ¿Dirá que allí no ha pasado nada y que todo siga adelante, como si nada hubiera pasado? No. La claridad, la verdad, no serán preteridas. Llamará a cuentas a Adán, a Eva, a la serpiente. Las cosas claras: han pecado. Sobre esta verdad bien aclarada, derramará su misericordia y prometerá aquella gran redención que hace que la Iglesia cante la «felix culpa». Este es el proceder de Dios. Y nosotros somos hijos de Dios. La verdad debemos tener y proponerla con la mayor claridad posible, sin miedo a la luz, aunque al proyectarse descubra pecado. Luego, sin altanería, hijos de misericordia como somos, hemos de aplicar la misericordia de Dios en Jesucristo. No cerramos los ojos. Debemos abrirlos, abriendo luego aun más el corazón.

Este es el verdadero amor cristiano, el reflejo del amor misericordioso de Dios, jamás fundado en la confusión, en la negación o preterición de la verdad.

10. K. WOJTYLA, *Signo de contradicción*, 3.ª ed., BAC (Madrid 1979) pp. 25-35 y 59-62.

Falta también en la vida pastoral la aplicación del principio de analogía. Y sucede lo mismo que en teología donde, sin la analogía, o se cae en la oscuridad hecha verborrea, o se cae en el racionalismo. Se aplican al quehacer de la Iglesia métodos, estructuras y técnicas tomadas del mundo circundante, tal como en teología se usan conceptos filosóficos. Pero a veces no se tiene en cuenta que la Iglesia es una sociedad muy singular, que su hacer es una acción entre hombres, pero que tiene objetivos, medios y penetraciones muy distintas de las acciones humanas que le son externamente más parecidas. La planificación está al día en todos los órdenes y la Iglesia ha de planificar. Eso está claro. Pero pasar de aquí a una primacía de lo que yo llamo la «pastoral papírica» —papeles, papeles...— va un paso que no debemos dar, por mucho que nos empujen. Sería triste que en nuestro paso por la historia dejáramos, más que otra cosa, catedrales de papel. El mal no está en lo que se hace, sino en el modo cómo se hace. Está, en definitiva, en no aplicar la analogía, al tomar del mundo lo que puede tomarse para la vida de una Iglesia que está, sí, en el mundo, pero que no es del mundo. El mal se agrava cuando, además, aplastados por el peso del papel, olvidamos aquellas acciones «impapíricas» que son características y exclusivas de la Iglesia, aquello que el mundo, como tal, ni siquiera puede entender: los sacramentos, la oración.

6. *La certeza y la confianza*

El problema de la certeza no es el mismo que el de la claridad, pero ambos tienen una gran proximidad. Algunos filósofos han llegado a confundirlas. La certeza es el asentimiento firme a un juicio, aquel estado de ánimo en el cual tenemos la conciencia de pensar la verdad¹¹. Si tenemos ideas claras pero, al introducirlas en juicios, dudamos de haber alcanzado alguna certeza, estamos prácticamente como si no las tuviéramos.

En teología, el problema de la certeza es importante. La teología es la ciencia de la fe, y la fe tiene una singular y superior certeza. Hoy, confundiendo lo cierto con lo claro, a veces se reputan dudosas las formulaciones de la teología y aun de la fe, por el hecho de que usen analógicamente los conceptos humanos, con lo cual se imposibilita que aquellas sean base para una cultura y para una entrega vital. En este punto pienso que se debe insistir en aquello que los manuales de nuestro tiempo de estudiantes subrayan con toda razón: la nota teológica de cada proposición. La valoración de certeza es necesaria en cada paso del camino teológico, que siempre se inicia o apoya en las certezas superiores de la fe. Sobre ellas levantamos el edificio de la Iglesia, de la teología y del vivir cristiano de cada cual. Tal vez en esta época crítica, que todo

11. E. COLLIN, *Manual de Filosofía tomista*, t. II, 2.^a ed. (Barcelona 1951) n. 464-4.^o.

pone a revisión, convendrá ser muy cautos, muy restrictivos en la nota teológica. Pero algunos van más allá. El ambiente crítico les lleva a sembrar sus escritos de interrogantes y de puntos suspensivos, mercancía teológica que, además de poco gasto en su producción, tiene, en algunos ambientes, fácil venta. Más aún: si uno lo sabe presentar bien, incluso alcanza fama de sabio, manipulando (ilegítimamente) aquella modestia del «sólo sé que no sé nada». Una vez —hace años— visité un curso de catequistas. Habían pasado unos teólogos —desplazados desde muchos kilómetros y bien forrados de fama— que eran de este tipo: vendedores de puntos suspensivos. Continuamente les decían, en cada cuestión que tocaban, que aún no tenían conclusiones ciertas. Aquella buena gente me decía: ¿por qué han venido si aún no lo saben?, ¿por qué no se quedan en casa a estudiar, y vienen sólo cuando hayan logrado alguna conclusión cierta? Aquellos catequistas, en efecto, no tenían necesidad de comprar dudas, sino certezas. Para dudar, se bastaban solos.

El problema de la certeza, al aplicarlo al campo pastoral, nos lleva al tema de la confianza, de la «parresia» apostólica, sin la cual uno no arriesga lo que es del todo preciso para poder alcanzar algún fruto pastoral. Una teología que ofrezca certezas no sólo funda una catequesis eficiente, sino también una acción pastoral válida. La repercusión de las dudas teológicas en la pastoral es amplia y grave.

A veces los pastoralistas, poco pertrechados teológicamente, buscan en los métodos las certezas que son imprescindibles para lanzarse a una acción arriesgada, cual es siempre el quehacer pastoral. Si, además, estos métodos son tomados del quehacer en el mundo sin aplicarles el principio correctivo de la analogía, la cosa va de mal en peor. Si la teología ha de proceder a partir de las certezas de la fe, la pastoral ha de apoyarse en la singular seguridad de la esperanza y en la fuerza de una caridad en medio de la cual anda el Espíritu de Dios, de acuerdo con lo que, en el plano doctrinal, nos certifica la fe. Una pastoral así fundada tendrá en cuenta que el Espíritu jamás abdicará de su suprema libertad, a pesar del compromiso de asistir la acción pastoral de la Iglesia. Por lo cual, el pastor, ha de estar atento a las desconcertantes actuaciones del Espíritu, para subordinarse enteramente a El, cual conviene. Este es el «principio desorganizativo» de la pastoral que, en todo caso, debe tenerse en cuenta. Tal pastoral recordará la parábola de la semilla, en la que el Señor no nos mandó la insensatez de sembrar sobre camino pisado, sobre piedras o cardos; sino que nos advirtió que no conocemos jamás del todo cuál sea la calidad del terreno, debiéndonos exponer a que caiga semilla en lugar infecundo, y nos consoló advirtiendo que hay tierra buena y en ella se da la gran cosecha. Este principio relativiza mucho todo método y toda pastoral. Un pastor que apoye bien su confianza donde debe, no reducirá su acción a la pastoral organizada o estructurada, antes bien estimará mucho la «pastoral de artesanía», la de persona a persona, donde en definitiva se alcanzan los grandes logros.

por la gracia del Espíritu. Este nuevo principio evita una de las grandes tentaciones pastorales: el reduccionismo a la estructuración pastoral.

Si en un mismo ambiente se cuecen los problemas de las incertezas teológicas y las inseguridades pastorales, también la solución tiene un punto de encuentro. La fe en Jesucristo es base para las certezas teológicas y para las confianzas pastorales: «Creéis en Dios, creed también en mí» (Jn 14,1), nos dice Jesús. Ello es particularmente urgente cuando las circunstancias no son propicias a desvelar certezas y ofrecer seguridades, es decir, en épocas que se llaman de crisis; y digo «se llaman», porque en ellas, paradójicamente, casi nadie se atreve a juzgar —criticar— a fondo. Para el cristiano, toda noche oscura es estímulo a vivir más de la fe en Jesús —«dichosos los que creerán sin haber visto» (Jn 20,29)—, es ocasión estupenda para cultivar la humildad, que es la verdad, es camino de nueva luz. Como la noche oscura en el cielo sideral es precisamente la de luna nueva, así, en la Iglesia, la oscuridad presagia renovación. Por lo demás, la oscuridad jamás es total, pues, igual que los automóviles —valga la comparación—, llevamos con nosotros, en nuestro camino, la luz suficiente. Y los buenos conductores, de noche, corren más que de día. Los grandes santos se han forjado en la noche oscura del alma. ¿No será acaso en una noche oscura del apostolado cuando se prepararán las grandes obras eclesiales, por obra del Espíritu y de los humildes?

7. *La síntesis*

No es simple casualidad que la falta de claridad, de certezas y de seguridad coincida con una cierta huida de la síntesis. Parece que hoy prevalece el ensayo. Es comprensible que en una época de creatividad casi nadie se atreva a sintetizar e —incluso con verdadera modestia— todos se limiten a aportar alguna lucecita a través del ensayo. Pero no encuentro tanta justificación a la preterición de la síntesis —de alguna síntesis, pues las síntesis, al fin y al cabo, siempre son provisionales—, porque sólo relacionando verdades, y cuanto más mejor —siendo la síntesis la máxima realidad de conexiones ordenadas—, se puede aquilatar cada una de ellas. Yo no sé si algunas teologías de hoy, al caer en una gran oscuridad terminológica —fraudulentamente encubierta de razón de misterio, al modo de la antigua gnosis—, inciden en otra característica del mismo gnosticismo primitivo: la aversión a la síntesis, o, si se quiere, el miedo a la síntesis, juez implacable de errores, necedades y oscuridades.

En pastoral, el fenómeno paralelo es la superespecialización. A veces, parece que no se trata de salvar personas, sino médicos, obreros, intelectuales, etc. Es decir, que de la importancia indiscutible de la misma profesión y de la vida en el grupo profesional consiguiente, en la caracterización concreta del hombre, se pasa a su clasificación profesional por encima de la esencialidad y singularidad personal, que parece que siem-

pre ha de ser prevalente en la pastoral. De aquí que también la pastoral, en tal perspectiva, se especialice hasta olvidar el hombre común que está en cada una de las personas clasificadas. Por muy importante que sea, en el quehacer pastoral, la visión de lo social, jamás debe olvidarse que el último objetivo y la base de la síntesis pastoral es el hombre, esa persona humana rica en matices, compleja en todo, pero profundamente una y, en su unidad, mirada, amada, llamada por Dios a una total salvación.

8. *Juan Pablo II*

Termino ya. Las consideraciones y comparaciones podrían alargarse aún más. Pero bastan a mi propósito. He sido algo crítico, porque me ha parecido que precisamente en los problemas y en sus falsas soluciones era donde más se detectaba esta relación entre teología y pastoral en el servicio eclesial. Pienso que teólogos y pastores tenemos hoy muchas luces para seguir nuestros caminos convergentes. Una de ellas es el testimonio de Juan Pablo II. Su elección, su actuación, su impacto —eso que se llama el «fenómeno Wojtyła»— son algo más que unos hechos históricos. Si buscamos en los acontecimientos de la historia la insinuación de Dios, ¿no la encontraremos, acaso, en el hecho Juan Pablo II? Es realmente difícil de explicar que algunos, que con tanta devoción se dedican a recordarnos que debemos atender a los signos de los tiempos, no caigan en la cuenta del gran signo de los tiempos presentes que es Juan Pablo II.

Para mí, hay dos frases suyas —que le escuché en una reunión de obispos en 1975— que le retratan a la vez que iluminan también nuestro camino, pues aunque referidas a los obispos son de aplicación a los teólogos, a todo pastor, y, si me apuran, a cualquier miembro de la Iglesia. Nos dijo que el Obispo al servicio de la fe debe ser «sensible y abierto a los problemas del hombre de hoy» y, al mismo tiempo, «interiormente libre para poder anunciar la verdad».

Juan Pablo II, para teólogos y pastores, es un modelo de sensibilidad y de atención a los problemas que, desde distintas vertientes, a unos y a otros preocupan: la renovación eclesial, en todos los aspectos, según el Concilio Vaticano II; la dignidad y derechos de la persona; la vida comunitaria, evangelización, sacramentos, ministerios, apostolado seglar, ecumenismo, educación, etc.; la comunidad humana, con sus problemas de convivencia y sus aspiraciones; el progreso humano, con la creciente liberación de tantos males y limitaciones, etc. Pero, ante ellos, Juan Pablo II es el hombre creyente, libre, no condicionado más que por la fe en Cristo; es el pastor que proyecta luz con claridad y con certeza, desde la fe, sobre todos estos problemas eclesiales y humanos. Se le escucha, pues se busca firmeza y él da seguridad, referida siempre a Cristo, en el orden del pensar y del hacer.

Se acerca mucho a todos los problemas implicados en tantos temas, con cabeza y corazón, pero sin dejarse dominar por ellos, ni por los condicionamientos y elementos históricos que los han producido, y a veces desenfocado. Su libertad es total. Su cordialidad —expresión de una transparencia y de una bondad cristianas— jamás es permisividad. Canta a la libertad como nadie, pero no idolatra la libertad. Entiende que en la liberación ha de llegarse hasta el fondo —hay que liberar la misma libertad— y que el hacer libre del hombre está al servicio de la realización de la persona a través de decisiones sin retorno: la libertad no es para jugar con ella, guardándose siempre todas las posibilidades abiertas en una indecisión continua, sino para gastarla en favor del bien definitivo de la persona, este gran bien que está en el camino y en el término de su gran vocación.

Asume el afán de autenticidad, espontaneidad, inconvencionalidad del mundo de hoy, pero juntándolo a la claridad, a la defensa abierta de la verdad y del bien. Sinceridad sin verdad puede ser simplemente encubrimiento audaz del error.

Admite la necesaria complicación del mundo de hoy en sus reflejos eclesiales, pero jamás olvida a las personas a las que quiere llegar, una por una, pues tal es —para mí— el mensaje encerrado en aquel dar la mano a cuantos puede en las audiencias generales: es el respeto a la persona, llevado a su máxima realización posible en su ministerio papal.

Sobre todo, su grito *Laudetur Jesus Christus!* es una llamada al cristocentrismo en toda la vida eclesial. En él, yo veo no sólo el punto de mayor coincidencia de lo teológico y lo pastoral, sino también el principio de solución a explicitar y referir continuamente en todos los problemas que amorosamente hemos de soportar y conllevar, en nuestro servicio eclesial, teólogos y pastores.